

28 Enero 1930

# estampa

30 ctms.

Director  
Propietario:  
Luis Montiel

⌞

Redactor-jefe:  
Vicente  
Sánchez Ocaña

Revista Gráfica y Literaria de la Actualidad  
Española y Mundial - Editada en Suc. de Riva Beneyra

Paseo de San Vicente 20 == MADRID.

Año 3 = Núm. 107



## ANNA PAVLOVA, EN MADRID

Anna Pavlova es, sin duda, la danzarina más genial que han producido los siglos. Esta mujer ha descubierto, en el sencillo hecho de trenzar los pies y quebrar la figura siguiendo el compás de una música, un caudal inagotable de belleza y de armonía. Peregrina de su arte por el mundo, ha llegado a Madrid. (Más información en las páginas 3 y 4.)



Cavando «a eito» el prado de maizales, bajo la canción del sol y de crepúsculo a crepúsculo.

# Cómo trabaja la mujer en Galicia

GALLEGAS INSIGNES

prieto y eurítmico. Y en la montaña, y en la veiramar, y en la ciudad, en el taller y en el estudio, pone sus manos para ungir la azada, la máquina y la pluma. Esta natural vocación vino a intensificarla también una necesidad: el mar se lleva periódicamente por sus caminos un éxodo de hombres que dejan cara a cara más desnudamente a la mujer con la vida. Esta razón fué nutriendo a la mujer gallega de responsabilidad, de energía, de iniciativa, de sensibilidad, de ciudadanía, en fin. Y en tal grado llegó a capacitarse de estos finos resortes que también resulta que esta mujer ha actuado políticamente de forma más decidida que ninguna otra. Cuatro grandes tragedias políticas ha habido en la historia contemporánea de Galicia: Sobrán, Narón, Nebra y Guillarey. La mujer gallega actuó tan bravamente aquí, que en tales luctuosas jornadas se registraron solamente víctimas de mujeres. Muertas y heridas que daron varias demostrando más emoción política, más espíritu de justicia, más valor que los mismos hombres.

Esta es la mujer gallega.

Cuando aun apenas en España se soñaba que la mujer pudiera un día, en magnífica *sprintada*, cubrir el circuito de la popularidad en la pista del pensamiento, Galicia destacaba su mejor equipo, el único femenino durante un gran tiempo que no oyó el jadeo de un intento de competición.

Concepción Arenal, Rosalía Castro, Emilia Pardo Bazán, Filomena Dato Muruais, Sofía Casanova, por mencionar sólo las de más nombre, llenaron con el suyo ilustre toda la historia de la mujer española de una época.

Todas llegaron, en el campo de la literatura, a temperaturas que pasaban muy mucho de los 37 grados y pico de lo normal.

DESDE LA CONDESA HASTA LA MENESTRALA

El trabajo condecora a la mujer gallega en todas las escalas sociales. Ya hemos citado a la Condesa de Pardo Bazán. Esta aristocrática dama llenó su vida de labor infatigablemente. Su pluma diligente pobló de ópimos frutos la literatura nacional. Emulándola, hay ahora muchachas gallegas que trabajan con la herramienta pluma—ahí está, entre otras, María Luz Morales, lozana y cantarina—, y deliciosas chiquillas a granel salen de los centros de enseñanza con sus títulos de profesora, de farmacéutica, perito mercantil, médico, etcétera. Y en el agro, la mujer pastora, la mujer labradora, la mujer hilandera; la mujer en la veiramar marinera atendiendo al laboreo de la pesca, tejiendo las redes, laborando casi únicamente en las fábricas de conserva, poetizando todo... Ayudando al hombre y amándolo.



Han llegado los vaporcitos con la pesca. Ved a las vendedoras lavando el pescado en la ribera, antes de irse a vocearlo por las calles.

Por las calles de las ciudades y de los pueblos gallegos de la costa, veréis con frecuencia a este tipo de mujer que pasa con su carga de pescado lanzando este pregón: «¡Sardiñas fresquiñas!»

ELOGIO

UNA vez enunciado el tema, ya todas las palabras que se digan, por muy frívolas que las apetezca una información de la índole de ésta que hoy intentamos, están nutridas de una gravedad y un perfil tan dignos de respeto en sí mismas que echan atrás toda suerte de malevolencia o ironía con que se pretenda comentar el tema.

Los gallegos trabajan, simplemente en virtud de resortes vitales que les incitan a ello. Pero clara, alta, dignamente. Por esa misma razón que la luz acuchilla las sombras.

Y trabaja el hombre y trabaja la mujer. Y esto tan naturalmente que aquí no se comprende razón para lo contrario ni le da el hecho carácter exótico y determinante ninguno a este pueblo. La labor de la mujer en Galicia, desde el campo a la ciudad, se enhebra leda baja la canción del sol, de crepúsculo a crepúsculo, con la misma milagrosa sencillez y alegría que va tersa el agua entre los ribazos. Por la gracia de Dios.

Por esa dicha virtud la región gallega ha venido a adelantarse a Europa en la solución de un problema: el feminismo. El intríngulis que contenía de poner de una vez de acuerdo a las faldas y los pantalones.

Por lo antedicho, Galicia jamás sintió tal plaga. Porque la mujer gallega está acostumbrada a amar al hombre y a trabajar como su compañero. Y todo sin estridencias. Dulcemente, elocuentemente, como el paisaje de donde tomó forma su cuerpo

Y UNA MUJER QUE  
TRABAJA, DICE...

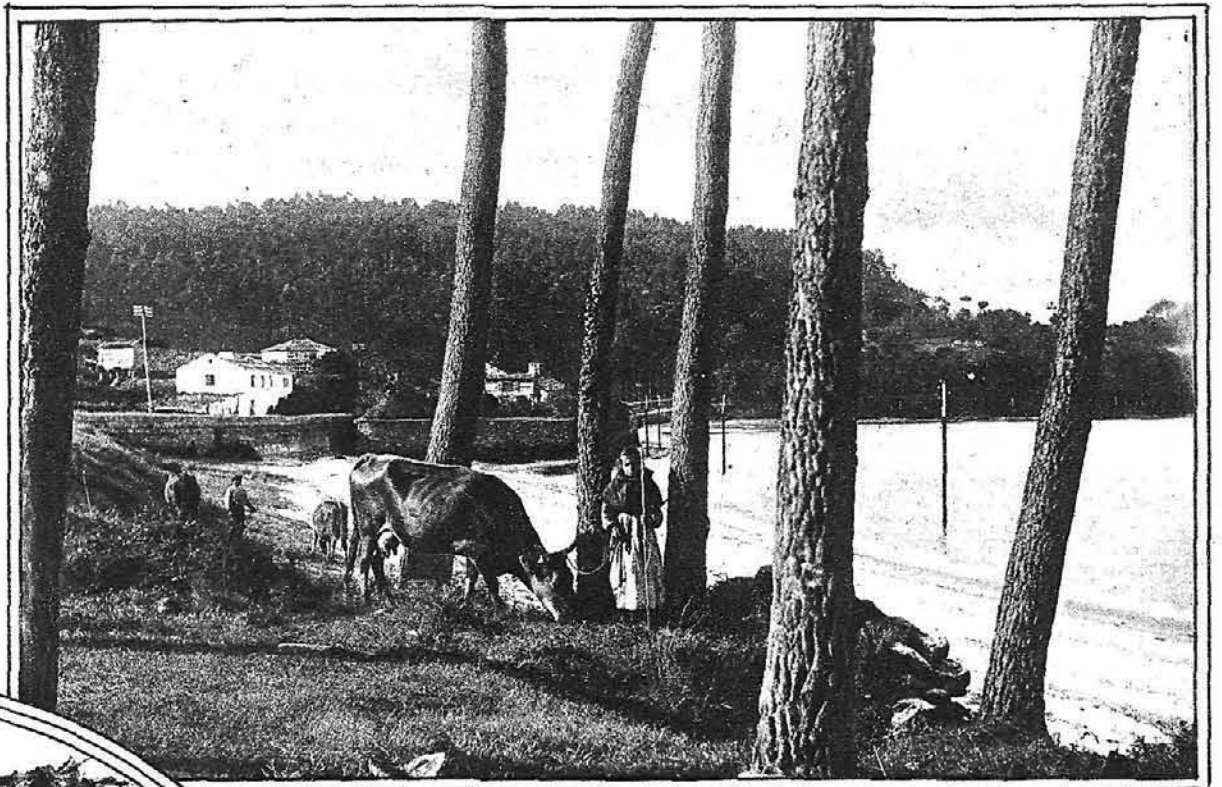
—Olimpia: en ESTAMPA se va a hacer una información de «Cómo trabaja la mujer en Galicia». Es la mejor ocasión para que usted me diga algo sobre esto. ¿Verdad que quiere?

Olimpia Valencia está en su despacho de la calle del Príncipe.

Una blanca bata, sobre sus formas decididas y vitales, embaza la línea brincadora y tensa que hace un juego perfecto—lo sabemos—con los tacones altos y el perfil indeciso de la melena.

Hay un reposo hierático en su figura que animan sus ojos anchos, enlutados y zabories. Y es toda pequeña y morena. Deliciosamente.

Más filiación: Olimpia Valencia, natural de Baltar (provincia de Orense); edad, esa, lector, justamente, que tiene la mujer cuando te gusta; doctora en Medicina, toda la carrera a mérito en Compostela; desde hace dos años con consultorio abierto en Vigo, aquí, en la calle del Príncipe, donde la venimos a conocer precisamente.



Esta es la «vaquiña» que tan amorosamente cuida y apacienta la mujer del campo en Galicia.



Estas dos mujeres se bastan ellas solas para cargar de maíz el carro cantarino.

Y hay tres cosas agradables a nuestros ojos en la estancia:

Libros.

Instrumental vibrante de luz en esa habitación que se asoma por una puerta.

Y la sonrisa limpia y desnuda de la señorita Valencia.

—¿Verdad que quiere decirme, usted que es una chica moderna, su opinión de la mujer en sus relaciones con el trabajo, Olimpia?

—Encantador: por lo pronto, que no hay problema feminista en nuestra tierra. La mujer en Galicia trabaja, el hombre la quiere y así todo adquiere un equilibrio tan bello como una canción, como una ecuación.

—¿Debe la mujer trabajar?

—Indudablemente.

—A ver sus razones.

—Debe trabajar y estudiar porque es la única fuente de redención que puede hallar. Porque la mujer es apta como el hombre. Porque ya es una

nebulosa absurda que no se lleva aquello de que, el matrimonio, ha de ser la carrera de las muchachas. Porque...

—Así que el amor...

—Será más veraz, más auténtico, menos convencional. Más consciente, dentro de su congénita inconsciencia. Las mujeres podemos así enamorarnos por algo más que casarnos: por Amor, con mayúscula.

—Bueno, Olimpia, entre trabajo y amor, gentileza de talle y maternidad, ¿por quién debe optar la mujer?

—Por el amor, por la maternidad. Y entienda, amigo mío, que yo no defiendo el reclutamiento de resabidas y sabihondas. Pero sí mujeres instruídas y con capacidad de trabajo.

—¿Perjudicaría éste a la mujer con el tiempo?

—Creo que sí. Con el trabajo intelectual, sobre todo, puede llegar a depauperar la raza a lo largo de las generaciones.

—¿Entonces?...

—Es cuestión de método; no forzar la marcha. Pero la mujer debe trabajar y ser instruída, repito.

Ante un gesto nuestro, Olimpia aclara:

—Desde luego, la mujer ha de ser eminentemente fisiológica, pero también inteligente, seriamente inteligente a más de instintiva. Acercándose en esto al hombre. Yo no comprendo—añade Olimpia muy seria—, no comprendo que pueda interesar un hombre que no sea inteligente...

—Hábleme, amiga Olimpia, de esas mujeres que dicen de cerebro masculino.

—Que no hay tales. Ese espécimen está encasillado en una zona neutra a la que pertenecen por igual mujeres y hombres.

Son de una estatura tan elevada que no respiran nuestra atmósfera. Así nuestra Concepción Arenal, madame Curie, que allá están en ese quinto cielo, con Unamuno, con Cajal, por ejemplo.

—Resumen, para usted, de la mujer.

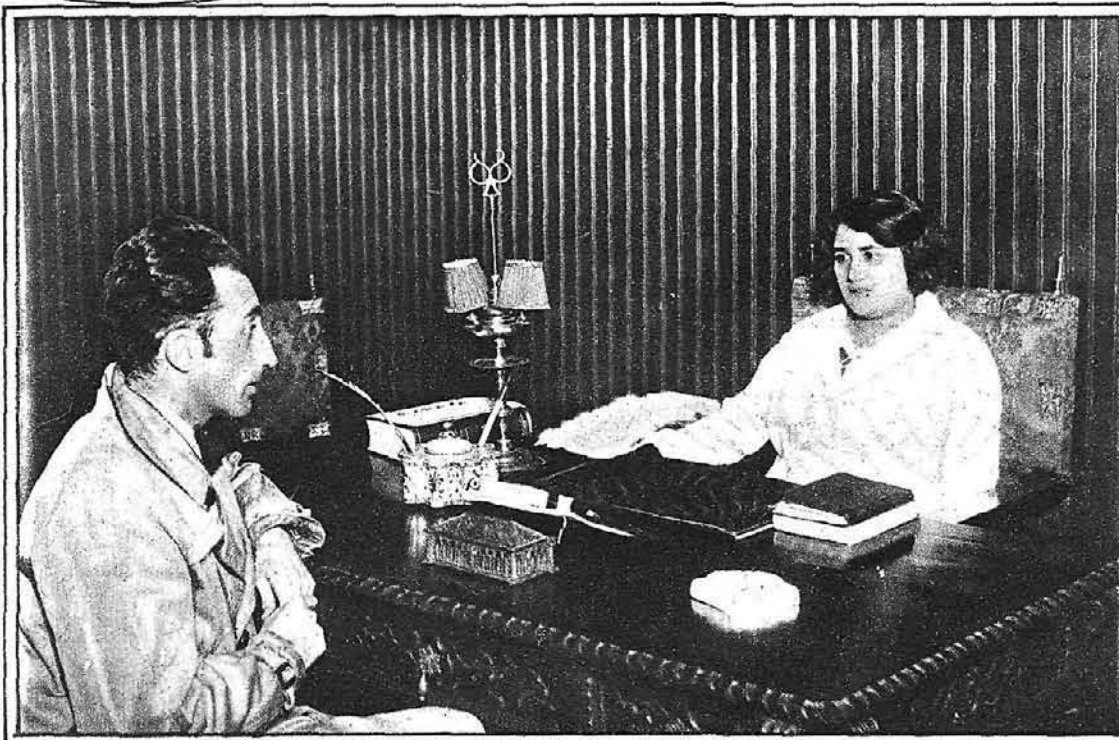
Olimpia juega con los ojos buscando una definición. Ya está.

—Que sea un verso humano. Sabia y sutil, como un buen verso. Sencilla y sensible.

—¿Qué piensa de la mujer española?

—Que nunca será sufragista. Y que, aun cuando hoy disciplina su intelecto ávidamente, no dejará por eso de gustar de los hombres.

—Gracias, Olimpia. Un saludo de ESTAMPA y hasta siempre.



Y mientras la campesina labra los campos y las ribereñas remiendan las redes y se dedican a la venta del pescado, la muchacha universitaria trabaja en su despacho. Veán ustedes a la señorita médica, Olimpia Valencia, hablando con nuestro colaborador Juan Carballeira.

JUAN CARBALLEIRA

(Fotos Pacheco.)